

Alfonso Vigil-Escalera Guirado  
***El papel de las comunidades rurales  
(entre Barbaros y campesinos)***

[A stampa in *La trasformazione del mondo romano e le grandi migrazioni. Nuovi popoli dall'Europa settentrionale e centro-orientale alle coste del Mediterraneo*. Atti del Convegno internazionale di studi, Cimitile-Santa Maria Capua Vetere, 16-17 giugno 2011, a cura di Carlo Ebanista e Marcello Rotili, Cimitile (Napoli), Tavolario edizioni, 2012, pp. 75-88 © dell'autore - Distribuito in formato digitale da "Reti Medievali", [www.retimedievali.it](http://www.retimedievali.it)].

ALFONSO VIGIL-ESCALERA GUIRADO

## EL PAPEL DE LAS COMUNIDADES RURALES (ENTRE BARBAROS Y CAMPESINOS)\*

### *1. Resumen*

La caída del Imperio romano trajo consigo una serie de mutaciones en la esfera de lo social, lo político y lo económico que son rastreables efectivamente a través del registro arqueológico. Ese colapso no se produjo en todos los territorios o provincias a la vez. Sus desencadenantes se presentan mutuamente interrelacionados, sin que se vislumbre un orden claro de prioridad. La trascendencia de la migración y el establecimiento de poblaciones foráneas en este escenario viene siendo subrayada por una parte significativa de la investigación reciente, lo cual resulta plenamente justificable. Esto no debiera impedir, sin embargo, los intentos de esclarecimiento del desarrollo particular de los acontecimientos en regiones donde el impacto del asentamiento de bárbaros apenas pudo dejarse sentir más que de forma indirecta. Se trata, en el fondo, de evaluar cuáles pudieron ser los vectores de esa mutación en los contextos donde se encuentran totalmente ausentes aquellos rasgos arqueológicos materiales que convencionalmente se atribuyen a los bárbaros, ya sea en los registros funerarios o en las características de los asentamientos.

Cabe sospechar que se está produciendo un claro desequilibrio entre la sobresaliente visibilidad arqueológica de ciertos registros ‘exóticos’ y la de aquellos que presentan un bajo contraste a causa de la pervivencia de rasgos tradicionales o heredados.

El arranque de la quinta centuria tuvo en las provincias hispanas algunos caracteres específicos que tal vez sería conveniente tener en consideración para llegar a entender los matices con los que se desenvuelven los acontecimientos posteriores<sup>1</sup>. Ese inicio señala un grado superior de tensión social añadida en el conflicto que surgirá entre los poderes aristocráticos nativos (que conforman los restos del aparato político-administrativo superviviente del antiguo Imperio) y las fuerzas o contingentes bárbaros que cruzan los Pirineos a partir del año 409 d.C. Resulta difícil, dado tal contexto, no estar de acuerdo con aquellos autores que señalan que la violencia

\* Trabajo realizado en el marco del Grupo de Investigación en Patrimonio y Paisajes Culturales IT315-10, financiado por el Gobierno Vasco. Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Letras de la UPV/EHU (Vitoria-Gasteiz).

<sup>1</sup> DÍAZ 2011, p. 187; ARCE 2005, pp. 31-56; DRINKWATER 1998.

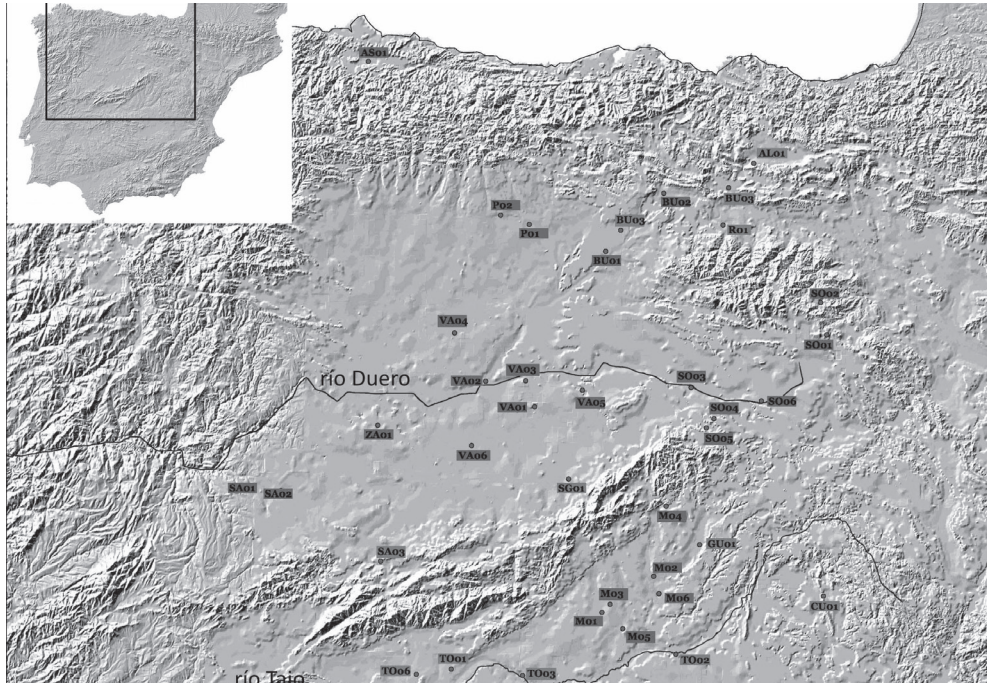


Fig. 1. Ámbito de mayor densidad de localización de necrópolis de rasgos postimperiales.

endémica tuvo un mayor impacto sobre la prosperidad y la estabilidad política de las regiones que cualquier establecimiento de poblaciones foráneas en nuestro periodo<sup>2</sup>.

Inmediatamente antes de que se produjera la irrupción de suevos, vándalos y alanos en suelo hispano, el escenario de los territorios ibéricos no mediterráneos ya había sido testigo de la desolación provocada por una serie de encuentros militares entre el ejército de rústicos levantado por los acaudalados parientes hispanos del emperador Honorio y las legiones del usurpador Constantino III. Una de sus consecuencias, tal y como narran las parcas fuentes de la época, fue el saqueo indiscriminado de los *campi palentini*, en la submeseta Norte<sup>3</sup>. La militarización de una parte de la sociedad local podía haber alcanzado, pues, cotas realmente significativas en un ámbito geográfico bastante extenso. El registro arqueológico testimonia un rosario de ocultaciones (de moneda, pero también de toda clase de bienes de naturaleza doméstica) datadas en estas fechas que evidencian ese estado sociológico de ansiedad e inseguridad generalizadas. La ocupación de asentamientos en alto y encastillados en estos momentos discurre en paralelo al abandono o cambio sustancial en las prácticas cotidianas de

<sup>2</sup> WICKHAM 2010, p. 738 («Endemic violence had more effect on the prosperity and political stability of regions than any settlement by incomers in our period»).

<sup>3</sup> O bien ese fue uno de los escenarios de la confrontación, que no se resolvió con facilidad para el ejército profesional de Geroncio (general al mando de Constantino III), o bien ese territorio fue identificado como afecto a los vencidos, merecedor de tal represalia (VIGIL-ESCALERA 2009, p. 246).

numerosas *villae* bajoimperiales. Otra de las novedades más significativas que emergen precisamente en estas coordenadas históricas sería el fenómeno arqueológico de las antes denominadas ‘necrópolis del Duero’<sup>4</sup>, un determinado tipo de manifestación funeraria de sesgo claramente postimperial que abarca *grosso modo* los tres primeros cuartos del siglo V (ca. 410-480 d.C.) caracterizado por la deposición de abundantes elementos de ajuar en las sepulturas: piezas de cerámica y vidrio y esporádicamente objetos de adorno, bronce, herramientas y armas (figg. 1-2).

El conocimiento de estos registros arqueológicos funerarios es aún muy parcial, siendo así que en los últimos diez años el número de hallazgos en ciertas zonas se ha duplicado<sup>5</sup> y que ese número y seguramente su ámbito de distribución seguirá expandiéndose. Dado que en su mayoría se trata de enterramientos en fosa simple, sin cistas o estructuras de piedra, su visibilidad arqueológica respecto a otras manifestaciones funerarias de fecha posterior es relativamente baja y, por tanto, muy sensible a los heterogéneos estándares de calidad de la actividad arqueológica de carácter preventivo.

De acuerdo con una reciente revisión de la interpretación del fenómeno<sup>6</sup>, esta clase de manifestaciones funerarias constituiría un preciso reflejo de la efectiva implicación de distintos tipos de actores en el juego del faccionalismo político que caracteriza a este periodo. Tanto la población de centros jerárquicos de distinta entidad (medianas y pequeñas ciudades, castros o fortalezas como Simancas, Dehesa de la Oliva, Las Merchanas o Saldaña) como la de asentamientos rurales de muy diverso signo (la asociada a antiguas grandes *villae* como La Olmeda, en Palencia, o la de pequeños establecimientos agrarios como el de El Soto, en Madrid) participan de esta clase de discursos funerarios, bastante más homogéneos en sus rasgos generales de lo que la historiografía tradicional ha supuesto, si bien abarcando un amplio elenco de situaciones. Se conocen yacimientos con centenares de inhumaciones y

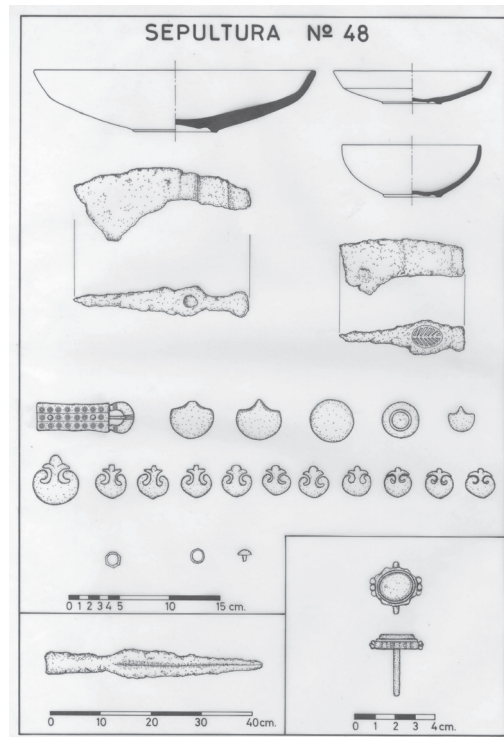


Fig. 2. Ajuar funerario de una de las sepulturas de Cabriana (Burgos).

<sup>4</sup> FUENTES 1989; VIGIL-ESCALERA e.p.

<sup>5</sup> Por ejemplo, en la Comunidad de Madrid (VIGIL-ESCALERA 2009).

<sup>6</sup> VIGIL-ESCALERA 2009; VIGIL-ESCALERA e.p.

otros con una docena o menos, pero sólo en contadas ocasiones se ha valorado con rigor la incidencia que en la composición de estos conjuntos ha jugado su mayor o menor profundidad temporal, el lapso de tiempo durante el cual se generaron estas necrópolis. La exclusión de este elemento diacrónico es clave en la generación de lecturas arqueológicas profundamente distorsionadoras.

Aunque hace tiempo estas evidencias arqueológicas solían relacionarse con distintas clases de efectivos militares mencionados en documentos como la *Notitia Dignitatum*<sup>7</sup> (incluso de origen foráneo), en la actualidad se tiende a asociar su emergencia a pautas sociopolíticas estrictamente locales. En esas nuevas coordenadas jugaría un destacable papel la producción y circulación de una serie de objetos manufacturados cargados de significado entre los que destacan la Terra Sigillata Hispanica Tardía (la última versión regional de la *sigillata*, ya sea lisa, decorada a molde, a ruedecilla o estampada) y elementos tan peculiarmente hispanos como el pequeño cuchillo tipo Simancas, de filo curvo, que solía ir acompañado de una contera o vaina con elementos de madera, cuero y placas de bronce decoradas (figg. 3-5). Todos ellos (como el calzado con suela claveteada o la vajilla de vidrio, otros de los elementos característicos) serían materiales de tradición bajoimperial o con raíces en aquel universo provincial, pero que en el nuevo contexto social y político parecen reivindicar connotaciones de filiación en una determinada dirección que nos atreveríamos a definir como romanista, en oposición a usos, símbolos o discursos de vinculaciones extrañas a lo local.

Es probable que expresen igualmente el estatus social alcanzado en vida por el individuo fallecido, constituyendo el funeral y el banquete a él asociado una manifestación expresa de esa posición por parte de la familia. De hecho, existen indicios que apuntan a que no todos los miembros residentes en la comunidad tuvieron derecho a enterrarse en el espacio funerario público, siendo obvio que no todos los efectivamente inhumados están en disposición de amortizar determinadas categorías de objetos. Como sería lógico esperar, la identificación de elementos foráneos en los registros arqueológicos de la quinta centuria en las antiguas provincias hispanas es esporádica y en muchos casos de interpretación bastante discutible, dada la probable cualitativa desproporción entre la masa demográfica existente en el país y la escasa entidad del aporte de efectivos extrapeninsulares.

Paradójicamente, esta relación se ha visto invertida (por la fuerza de una determinada corriente historiográfica) entre finales del siglo V e inicios del siglo VI d.C. al entrar en juego un tipo nuevo de evidencia arqueológica: las denominadas necrópolis visigodas. El elevado grado de visibilidad (y la sencilla identificación) de los materiales asociados a estas manifestaciones funerarias ha conducido irremediabilmente a un desproporcionado sobredimensionamiento de la entidad demográfica del elemento visigodo en las regiones interiores de Hispania. El mapa de distribución de estas necrópolis, de hecho, no resulta muy diverso del mostrado en el periodo inmediatamente precedente por los conjuntos funerarios postimperiales. Sin embargo,

<sup>7</sup> La interpretación de esa fuente por lo que respecta a Hispania ha suscitado controversia. Algunas voces defienden que no reflejaba una situación real sino un *desideratum* de círculos oficiales de la administración (ARCE 1980; ARCE 2005, pp. 198-199).





Fig. 3. Contera decorada de cuchillo tipo Simancas.

igual de súbito que cuando aparecieron, esos rasgos desaparecen de los contextos arqueológicos desde mediados del siglo VII para integrarse en el difuso magma de lo que se ha denominado 'hispanovisigodo' desde la ya lejana propuesta del profesor Palol<sup>8</sup>.

Frente a la simplista interpretación de la evidencia arqueológica ofrecida por un sector de la historiografía tradicional, que suplió la precariedad de los datos con un forzado ajuste de éstos a una lectura unidireccional emanada de las también endebles fuentes textuales, es posible en la actualidad generar enfoques alternativos sobre el desarrollo histórico de estos primeros siglos altomedievales a partir de lotes mucho más completos y articulados de datos arqueológicos. El cambio de escala que se ha producido en relación al volumen de información disponible en el ámbito español desde hace diez o quince años es muy significativo, y el dinamismo y vigencia del debate internacional sobre muchas de estas cuestiones no hace sino estimular la generación de nuevos interrogantes y la

revisión de los planteamientos discursivos hasta ahora hegemónicos<sup>9</sup>.

Tanto en el Convegno del año pasado celebrado en esta misma sede como en otras ocasiones con anterioridad<sup>10</sup> hemos puesto el foco sobre una serie de yacimientos rurales altomedievales del centro-Norte de la península Ibérica que, habiendo sido excavados en apreciable extensión<sup>11</sup> y proporcionando sólidos registros que permiten integrar la lectura del hábitat con la de su espacio cementerial, ofrecen una inmejorable atalaya para desentrañar la evolución y el desarrollo del paisaje agrario, de las comunidades rurales y del más amplio contexto social en el que se desenvuelven éstas entre el colapso del Imperio romano y el siglo VIII d.C., momento en el que se intuye un segundo ciclo de significativas transformaciones.

En el caso de la aldea de Gózquez (S. Martín de la Vega, Madrid), su fundación *ex novo* durante la primera mitad o el segundo tercio del siglo VI d.C. supone su desembarazamiento de cualquier clase de condicionantes previos. Los rasgos de su

<sup>8</sup> PALOL 1966; RIPOLL 1989.

<sup>9</sup> TEJERIZO e.p.

<sup>10</sup> QUIRÓS-VIGIL ESCALERA 2011; VIGIL ESCALERA 2009; QUIRÓS 2007; QUIRÓS 2009; QUIRÓS 2010.

<sup>11</sup> Gózquez: tres hectáreas; Pelicano: siete hectáreas.

articulación interna, la estructura parcelaria, incluso la configuración del espacio cementerial aparecen sólidamente fijados desde su inicio y permanecen relativamente estables hasta el abandono del mismo, a mediados de la octava centuria. La posible distorsión que hubiera podido generarse a partir de la lectura de los contextos funerarios en exclusiva resulta mediatizada y ampliamente corregida por las evidencias proporcionadas por las estructuras del hábitat. Tanto el preciso momento de arranque del asentamiento como su final pueden resultar casi opacos de aplicarse la lectura arqueológica convencional de los ajuares de las sepulturas. La caracterización de éstos como los propios de cualquiera de las necrópolis visigodas de la Meseta es incontestable. Pero de ello difícilmente se podría deducir (y menos de una forma mecánica) que ciertos materiales (como algunos tipos cerámicos) o estructuras arqueológicas (las cabañas de suelo rehundido del tipo conocido como *grubenhauser*) deban identificarse (tal y como algunos investigadores sugieren) como marcadores étnicos de los pobladores allí asentados.

De hecho, esas mismas evidencias arqueológicas (tipos cerámicos y rasgos arquitectónicos específicos) han podido documentarse en la aldea de El Pelicano (Arroyomolinos, Madrid), apenas a 28 kilómetros de distancia al Oeste de Gózquez. Se trata de un asentamiento rural con una larga secuencia de ocupación. Nadie discutiría el carácter 'tradicional' de su necrópolis (en el sentido de que ninguno de los materiales que conforman los ajuares ostenta connotaciones étnicas específicas). Ninguna clase de material, pues, presenta las características supuestamente atribuidas a los yacimientos relacionados con el establecimiento de 'visigodos'. Se trata, de hecho, de uno de esos cementerios cuyo desarrollo entre los siglos VI y VIII ha sido ha resultado extremadamente opaco a toda la investigación arqueológica peninsular por su falta de carácter y sobre cuyos rasgos, junto con los del asentamiento al que se asocia, nos proponemos reflexionar a continuación.

El asentamiento de El Pelicano se desarrolla a lo largo de la ribera Norte de un pequeño arroyo que vierte sus aguas en el río Guadarrama, uno de los ejes viarios naturales de los que se vale el sistema de comunicación tradicional de conexión entre Toledo (el valle del Tajo) y las ciudades del valle del Duero. Su origen se remonta a un modesto establecimiento altoimperial (siglo I d.C.) de rasgos poco conocidos. Durante esa etapa, el valle del arroyo de Los Combos (o de los Molinos) conoce una dispersión de establecimientos de pequeña entidad cuyo mejor exponente lo constituyen los sitios excavados de Zarzalejo o El Pelicano-P01A. Tras un proceso de concentración demográfica o de la propiedad fundiaria, el variopinto panorama anterior de pequeños asentamientos desemboca en el siglo IV d.C. en un único núcleo de mayores dimensiones del que tampoco se conocen muchos detalles, pero que podría caracterizarse como *villa*. Es el documentado en el extremo occidental de la aldea de El Pelicano, que cuenta con estancias decoradas con pinturas, muros de sillería de granito y *opus caementicium*.

La última fase constructiva de arquitectura monumentalizada (mediados del siglo IV) se remata (ya a inicios del V d.C.) con la construcción de un mausoleo a 50 metros al Este de las instalaciones tras el fallecimiento de un personaje de indiscutible relieve social, tal vez el propietario de la hacienda. Este individuo recibe sepultura dentro de un sarcófago de plomo alojado en el fondo de una profunda fosa sobre la cual se construye una doble cámara sepulcral subterránea que ocupa el eje Este-Oeste del

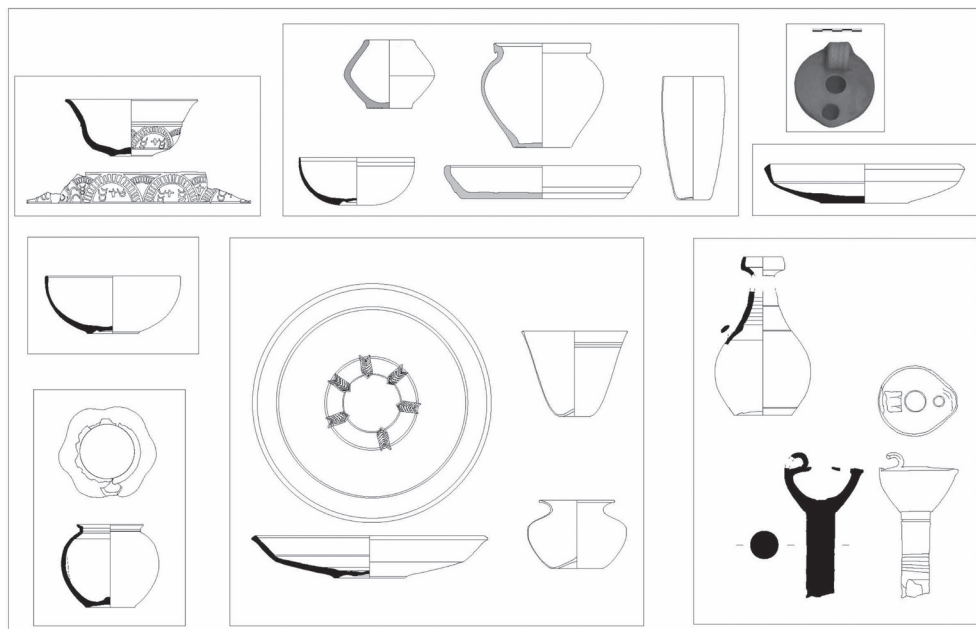


Fig. 4. Ajuares de la necrópolis de El Jardín/Pelicano 10 (Madrid).

mausoleo. Su acceso desde el camino queda monumentalizado gracias a un pórtico con tres pilares sobre poyetes prismáticos de granito. Al menos la fachada Norte del mausoleo aparecía decorada con pinturas. Poco tiempo más tarde se introduce en el lado Este del mausoleo una sepultura infantil, también en sarcófago de plomo, en posición perpendicular al de la tumba original. En este caso, las alusiones materiales a las creencias religiosas del fallecido o su familia vienen determinadas por la presencia de un pequeño colgante de oro en forma de monograma acompañando al pequeño difunto y el diseño de sendas cruces patadas en relieve sobre los lados cortos del ataúd.

Aunque nada más sabremos sobre la familia del propietario de la *villa* en adelante, bastantes son los datos recuperados acerca de la comunidad allí residente. En un principio, las familias de los trabajadores de la hacienda ocupan las antiguas instalaciones de la *villa*. Hacen fuegos en su interior y dejan sus residuos al lado, como se comprobó en algunos de los sondeos. Al mismo tiempo se construyen estructuras auxiliares de suelo rehundido inmediatamente al exterior de los edificios. No se han documentado silos subterráneos para el almacenamiento a largo plazo de cereal aún en esta fase, pero tampoco se descarta su existencia, dada la escasa amplitud en extensión de los trabajos acometidos en este sector. Contemporáneamente, los fallecidos de esa comunidad reciben inhumación en los alrededores del mausoleo, respetando una cierta distancia al mismo. Los difuntos son enterrados en fosas simples de orientación variable, con ajuares consistentes en piezas de cerámica y vidrio y adornos o bienes





Fig. 5. Fotografía de una de las sepulturas de El Jardín/Pelicano 10 (Madrid).

personales como el calzado de suela claveteada. Esta fase de ocupación queda sellada en torno al tercer cuarto del siglo V d.C. por un masivo depósito coluvial reconocible en muchas zonas del yacimiento, sobre todo allí donde las construcciones obstaculizaron el deslizamiento de materiales por la ladera.

A continuación, el grueso de la comunidad abandona el entorno de las ruinas de lo que fue la *villa* bajoimperial y se traslada al otro lado del cementerio, separado de éste por una pequeña vaguada (sectores P10-E y P09). Se funda allí, sobre una ladera aterrizada, un asentamiento estable en el que abundan todos los tipos de estructuras y arquitecturas conocidas en el poblamiento rural altomedieval de la región. En los 920 m<sup>2</sup> excavados del sector P09 se identifican 28 silos, diversos hornos o estructuras de combustión de carácter doméstico, fondos de cabaña de varios tipos y edificios con zócalos perimetrales de cantos rodados o material constructivo reutilizado. La ocupación se prolonga durante aproximadamente siglo y medio, entre el último cuarto del siglo V y la primera mitad del VII d.C. A mediados del siglo VII d.C. el sector se hallaba ya desocupado, instalándose entre las ruinas algunas sepulturas aisladas o en pequeños grupos.

Entre tanto, los fallecidos de esa comunidad rural siguen inhumándose desordenadamente en el entorno del mausoleo, pero ahora sin respetar una distancia mínima al edificio ni importar la existencia de fosas anteriores. Incluso el interior de la cámara superior del mausoleo es violada y se procede a depositar sucesivamente en su interior a casi una docena de individuos (siete adultos y tres infantiles, aparte del último inhumado). Algunas sepulturas de fosa simple de sus inmediaciones también proporcionan elevados índices de reuso, con testimonios de múltiples reducciones.

Salvando la fase funeraria vigente durante los tres primeros cuartos del siglo V d.C., ejemplificada por la decena de sepulturas con ajuares funerarios postimperiales, el resto del cementerio que ha podido ser indagado conforma una gran masa informe

de la que es difícil entresacar alguna información significativa<sup>12</sup>. Todo apunta a que algunos ajuares metálicos (adornos y broches de cinturón) serían propios del periodo inmediatamente subsiguiente al definido como postimperial (último cuarto del siglo V y todo el siglo VI d.C.). Los materiales documentados, en su mayoría metálicos, conforman un grupo al que se le ha atribuido escasa personalidad y que suele englobarse en las memorias o publicaciones bajo las continuistas y difusas señas de 'materiales de tradición romana'. En el lote aparecen hebillas ovaladas de bronce con aguja recta de hierro (el material tipológicamente más antiguo) y sobre todo hebillas ovaladas o arriñonadas con aguja de base escutiforme, que suelen datarse a partir del último cuarto del siglo V y durante todo el siglo VI. Asociado a este material aparecen pendientes de bronce rematados en moldura o bola y distintas variante formales de apliques de cintura, así como cuentas de collares y elementos de atalaje en hierro. Sus rasgos, pues, contrastan de forma bien palpable con los que son propios de las necrópolis denominadas visigodas, aunque su desarrollo a lo largo del tiempo vaya en paralelo.

Durante todo el siglo VII y la primera mitad del VIII d.C., el cementerio deja de ofrecer elementos de ajuar, tal y como sucede en la inmensa mayoría de los contextos coetáneos. A partir de mediados del siglo VI, por otra parte, distintas unidades domésticas abandonan el espacio residencial agregado caracterizado en los sectores P10-E y P09 y se fundan espacios domésticos independientes relativamente separados entre sí a lo largo de la orilla Norte del arroyo. La configuración de este hábitat extendido, que se mantendrá en uso hasta el siglo VIII d.C., supone la ocupación lineal de un kilómetro y medio del valle aguas arriba de la antigua hacienda romana. Sólo en las postrimerías de la secuencia de ocupación altomedieval vuelven a reconocerse testimonios de actividad en las inmediaciones de la *villa* bajoimperial. Los restos de una casa y dos áreas de vertido de residuos domésticos señalan la actividad de al menos uno o dos grupos familiares hasta las décadas centrales de la octava centuria.

Como se comentó con anterioridad, en la aldea de El Pelicano se registran dos tipos de evidencias arqueológicas cuya interpretación se ha vinculado más o menos directamente con la presencia de poblaciones foráneas: las cerámicas bruñidas grises con decoración estampillada, por un lado, y los fondos de cabaña conocidos como *grübenhauser* por otro<sup>13</sup>. Su cementerio, no obstante, revela una neta ausencia de referencias que pudieran considerarse propias de poblaciones inmigradas. La documentación arqueológica revela explícitamente lo distorsionada que podría resultar una determinada interpretación del asentamiento a partir exclusivamente de esos supuestos indicios materiales en ocasiones señalados como marcadores de etnicidad.

El análisis en paralelo de estos yacimientos nos emplaza a exponer con la mayor claridad posible algunas cuestiones centrales que asaltan a la investigación histórica a la hora de abordar la clase de procesos de transformación y ruptura de las primeras comunidades altomedievales respecto a las inmediatamente precedentes. Fenómenos

<sup>12</sup> Según el informe antropológico, 112 individuos correspondientes a 85 depósitos.

<sup>13</sup> Una reciente interpretación en este sentido de ciertos materiales cerámicos en ARIÑO-DAHI 2008, p. 267. La interpretación en clave étnica de ciertas formas de arquitectura doméstica se ha generalizado en la producción bibliográfica italiana (p.ej. VALENTI 2004; VALENTI 2009).

como la notoria invisibilidad material de la población dependiente que trabajaba en las haciendas bajoimperiales, cuyas manifestaciones funerarias, por ejemplo, resultan prácticamente desconocidas antes de la quinta centuria. O las pautas y ritmos que llevan de una gestión centralizada del almacenamiento de las reservas en el seno de las *villae* a su apropiación por las familias campesinas en torno a la segunda mitad del siglo V, cuando aparecen masivamente los silos subterráneos en nuestros registros. La relación existente entre dos formas de ritual funerario tan específicas como serían la postimperial (de tradición bajoimperial) y la denominada ‘visigoda’ (de rasgos nuevos en el contexto hispano) y su concatenación temporal es otro de los aspectos que merecería una reflexión seria, porque parece evidente que forman parte de una misma línea argumental, aunque con probable sentido divergente.

Los depósitos fúnebres de estas necrópolis altomedievales se han interpretado en innumerables ocasiones como objetos de lujo que denotarían la privilegiada posición social de los inhumados. En nuestra opinión, no puede negarse la fuerte carga simbólica presente en esos materiales, que sin duda encarnaban el estatus o prestigio que era precisamente el motivo de su exhibición durante el acto social eminentemente público del funeral. Pero deberíamos insistir una vez más en el carácter campesino de sus protagonistas, muy alejado de cualquier consideración elitista que tenga que ver con el universo exterior al ámbito aldeano. Esas familias e individuos gozan de una privilegiada posición dentro de sus comunidades, pero a una escala que no rebasaría el ámbito estrictamente local. La presencia de esos materiales en esta clase de asentamientos aldeanos (sean producciones cerámicas especializadas, vajilla de vidrio u orfebrería de modesto rango) representa verosíblemente una clara manifestación de la vigencia de lazos de dependencia de esos individuos con unas elites (esas sí) que residen y actúan fuera del estricto ámbito rural. La fluida circulación en sentido vertical de esos objetos de prestigio difícilmente podría entenderse como el producto de relaciones comerciales en un sentido estricto. Sería mucho más coherente su justificación, a nuestro juicio, como una forma de materialización de las complejas relaciones sociales y políticas negociadas entre patronos y campesinos en un contexto de inestabilidad en lo que concierne a las bases del poder establecido. Estas manufacturas, cuya presencia podría en principio considerarse anómala en un ambiente social relativamente poco estratificado como sería el de las primeras comunidades aldeanas altomedievales, materializarían la contraprestación por servicios (de trabajo, militares o de otra especie) que iban más allá de lo ‘natural’, de lo admitido consuetudinariamente; o del pago de la renta.

Tanto si abordamos el estudio de las necrópolis postimperiales como si lo hacemos con las denominadas visigodas, nada impediría llegar a una misma y única interpretación acerca del carácter funcional de la circulación de estos productos y su significado y valoración en términos sociales. Esos materiales son valiosos en la ceremonia pública del funeral porque a través de los mismos se expresa la afiliación del individuo y su familia a un código de autorrepresentación cultural (y política, estamental e incluso étnica) propio y específico de quienes se encuentran en la cúspide de la pirámide jerárquica, aunque sea sólo a escala comarcal o regional. La posesión y ostentación de estos por determinados individuos y sus familias en el ámbito de las comunidades rurales avala su capacidad de interlocución con el poder, expresa su manifiesta afiliación a esos ámbitos y proclama además la propia condición

social de individuos libres de sus protagonistas.

Entre el último cuarto del siglo V y el primero del VI d.C. se consumó en una parte de las provincias hispanas un giro completo en las referencias de las clases que detentaban el poder. Hacia 475 d.C. la retirada del Imperio se veía ya como algo irreversible y el ejército de los godos se consolidaba como la única alternativa de poder real frente al reino suevo y a un conglomerado de poderes locales o regionales con una previsible reducida capacidad de maniobra. En un corto intervalo de tiempo tuvo lugar un cambio radical en esos escenarios locales, que aceptaron la hegemonía del poder visigodo. Tal vez sea esa la razón por la que resulta tan difícil documentar arqueológicamente la coexistencia de las dos formas de representación cultural en conflicto (y de autoidentificación por exclusión): la postimperial y la bárbara, cada una de ellas tratando de imponerse sobre el terreno tras el vacío de poder que supuso el colapso de la estructura política imperial. Se solapan en el tiempo y comparten a grandes rasgos un mismo marco geográfico. El uso o exhibición de las versiones más modestas de esos 'signos del poder' por los residentes en los asentamientos rurales señala la aceptación por éstos de unas determinadas reglas de juego, la aceptación de ese código de representación hegemónico del estamento que ocupa el poder. Tal vez no fuera solo la competitividad entre familias de libres la que dictara la oportunidad de esa clase de exhibiciones a la escala y en el ámbito de la comunidad aldeana, sino la demostración de fuerza ante los sectores sociales que podrían contestar esa posición o manifestar sus reparos al statu quo. En esa ecuación tendría también su sitio el desconocido volumen de individuos privados de derechos sociales elementales, siervos domésticos o esclavos, que sin duda formaron una parte difícilmente reconocible a efectos arqueológicos de estas comunidades.

## *2. Conclusiones*

Yendo más allá del impacto político y militar sobre la estructura del estado imperial, algunos investigadores sostienen que el establecimiento de bárbaros en las antiguas provincias contribuyó decisivamente o fue responsable directo de la emergencia de nuevas formas de asentamiento, de la mutación en las relaciones sociales o, en suma, del cambio en las principales coordenadas del paisaje y de la sociedad altomedievales<sup>14</sup>. Caeríamos sin embargo en la caricatura del argumento si sostuviéramos, por ejemplo, que el recurso de las poblaciones rurales a las formas relativamente simples de la arquitectura doméstica 'self-made' fue también un 'aporte externo'.

Algunos yacimientos altomedievales de las regiones interiores de Hispania facilitan pruebas valiosas para apoyar, por el contrario, la idea de que muchos de los desarrollos específicamente altomedievales en lo que respecta al registro arqueológico tienen una evolución y una lógica propias, de carácter interno. El margen de autogestión económica de la familia campesina conquistado tras la ruina del sistema vilicario bajoimperial determinó la generalización paulatina del almacenamiento

<sup>14</sup> BROGIOLO-CHAVARRÍA 2010, p. 47.

a largo plazo del cereal en silos. El ajuste por parte de esas mismas familias a la nueva situación ambiental desembocó en el triunfo de la autoconstrucción a partir de materiales y técnicas directamente asequibles. Una de las alternativas en cuanto a la posible organización relativamente autónoma de las comunidades rurales era por fuerza la constitución de aldeas. Esa clase de transformaciones se produjeron con distinto ritmo por todos los territorios en los que desapareció el paraguas del antiguo estado, independientemente del establecimiento cercano o de la influencia de las poblaciones bárbaras.

Varias aldeas relativamente próximas entre sí del Sur de Madrid nos ofrecen un buen testimonio de ello<sup>15</sup>. En algunas son bien reconocibles materiales y estructuras arqueológicas que una parte de la historiografía considera indicadores de la presencia de portadores de origen foráneo (véase Gótzquez) y sus necrópolis se caracterizan por ofrecer inhumaciones con depósitos fúnebres de 'tipo visigodo'. Pero otras aldeas proveen esas mismas categorías de materiales (cerámica) y estructuras (cabañas) mientras sus cementerios (véase El Pelicano) sólo ofrecen elementos de tradición tardorromana. Más allá de sus posibles diferencias formales, todos estos yacimientos comparten una misma estructura organizativa de carácter aldeano. Si aceptásemos que los rasgos supuestamente étnicos de una parte de su cultura material sólo constituyen en realidad una plasmación material de sus respectivos universos políticos de referencia (los de sus respectivos patronos), la posible trascendencia del origen de estas familias, nativas o foráneas, sería poco más que relativa.

Un acontecimiento de indudable trascendencia como es el colapso del Imperio encuentra expreso reflejo material en casi todos los registros arqueológicos de la quinta centuria en nuestras provincias: el final de las *villae*<sup>16</sup>, una reestructuración en profundidad del paisaje rural, el cambio en el perfil de las ciudades, la emergencia de nuevos centros políticos secundarios y, sobre todo, una transformación radical de las relaciones sociales y políticas entre las comunidades rurales y los propietarios o el poder, independientemente de la escala a la que éstos o éste puedan haber operado. Algunos de esos cambios, sin duda radicales, y la peculiar evolución de la situación a lo largo del tiempo son deducibles a partir de una lectura arqueológica en profundidad de la evidencia material proporcionada por yacimientos como los recientemente documentados en el centro de Hispania.

Es probable que a las altas jerarquías sociales y políticas no les importara gran cosa la identidad étnica o cultural de los individuos que trabajaban sus tierras y pagaban sus rentas. Lo mismo sucedería al contrario, pues el campesino siempre tiene que rendir cuentas con alguien. Apenas han transcurrido unos pocos años desde la revolución acaecida en el campo de la investigación arqueológica altomedieval europea, sobre todo en los países mediterráneos. Los nuevos registros parecían augurar un periodo de fluida comunicación internacional en torno a nuevas cuestiones, y sin embargo, han aparecido ruidosamente los viejos bárbaros reclamando de nuevo un

<sup>15</sup> VIGIL ESCALERA 2007.

<sup>16</sup> El final del sistema encarnado por las grandes haciendas bajoimperiales que conocemos como *villae* (CHAVARRÍA 2007) no se deduce tanto de la ruina a corto o medio plazo de los edificios como de una transformación radical en las formas de gestión cotidiana de la producción agraria y de las relaciones sociales entre patronos-propietarios y las familias campesinas.

papel protagonista en este debate de acuerdo a las pautas vigentes en el periodo de entreguerras. Tal vez pueda leerse como la maniobra táctica de un paradigma en retirada, pero tal es el escenario actual.

Habrà quien pueda tratar de argumentar que fueron los bárbaros los responsables de la radical mutación observable en las coordenadas del paisaje rural de tantos territorios a lo largo de los primeros compases de la Alta Edad Media, de la densa malla de aldeas y granjas que la investigación más reciente está sacando a la luz, de la sustancial transformación operada en las relaciones sociales, en las formas de gestionar la producción agraria o el almacenamiento de las reservas, incluso de los cambios suscitados en el ritual funerario. Resulta más probable, en nuestra opinión, que el asentamiento de pocos o muchos inmigrantes haya tenido más bien una escasa relevancia en el devenir de todos esos procesos, y que la mera descomposición del viejo sistema fuera determinante. Es innegable que los bárbaros contribuyeron decisivamente en la destrucción de la estructura política imperial. Pero el sistema en su conjunto, en lo político, en lo social, en lo económico, lo único que hizo tras ese empujón fue deslizarse ladera abajo hacia un nuevo equilibrio, como si fuera un organismo vivo. Esa sería al menos la más parsimoniosa de las hipótesis que manejamos.

#### ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA

ARCE MARTÍNEZ J. 1980, *La Notitia Dignitatum et l'armée romaine dans la Diocesis Hispaniarum*", en «Chiron», 10, pp. 593-608.

ARCE MARTÍNEZ J. 2005, *Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507 A.D.*, Madrid.

BROGIOLO G.P.-CHAVARRÍA A. 2010, *Chiese e insediamenti rurali tra V e VIII secolo. Prospettive della ricerca archeologica*, en EBANISTA C.-ROTLI R. (coords.) 2010, *Ipsam Nolam barbari vastaverunt. L'Italia e il Mediterraneo occidentale tra il V secolo e la metà del VI. Atti del Convegno internazionale di studi Cimitile-Nola-Santa Maria Capua Vetere, 18-19 giugno 2009*, Cimitile, pp. 45-62.

CHAVARRÍA ARNAU A. 2007, *El final de las villas en Hispania (siglos IV-VIII)* (Bibliothèque de l'Antiquité Tardive, 7), Turnhout.

DÍAZ MARTÍNEZ P.C. 2011, *Barbarians in the 5th century Hispania*, en DELOGU P.-GASPARRI S. (coords.) 2001, *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, i barbari e l'Occidente romano, Atti del Seminario di Poggibonsi, 18-20 ottobre 2007*, Turnhout, pp. 183-211.

DRINKWATER J.F. 1998, *The usurpers Constantine III (407-411) and Jovinus (411-413)*, en «Britannia», 29, pp. 269-98.

FUENTES DOMÍNGUEZ A. 1989, *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas 'Necrópolis del Duero'* (Arqueología Conquense, X), Cuenca.

PALOL SALELLAS P. 1966, *Demografía y arqueología hispánica de los siglos IV al VIII. Ensayo de cartografía*, en «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», 32, pp. 5-66.

QUIRÓS CASTILLO J.A. 2007, *Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad Media del Norte Peninsular*, en «Territorio, Sociedad y Poder. Revista de Estudios Medievales», 2, pp. 63-86.

QUIRÓS CASTILLO J.A. 2009, *Arqueología del campesinado altomedieval: las aldeas y granjas del País Vasco*, en QUIRÓS CASTILLO J.A. (ed.), *The archaeology of early medieval villages in Europe* (Documentos de Arqueología e Historia, 1), Bilbao, pp. 385-403.

QUIRÓS CASTILLO J.A. 2010, *La arqueología de las aldeas en el noroeste peninsular. Comunidades campesinas y poderes territoriales en los siglos V-X*, en DE LA IGLESIA DUARTE J.I. (ed.)



2010, *Monasterios, espacio y sociedad en la España cristiana medieval. XX Semana de estudios medievales, Nájera, 3-7 agosto 2009*, Logroño, pp. 225-256.

QUIRÓS CASTILLO J.A.-VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2011, *Dove sono i Visigoti? Cimiteri e villaggi nella Spagna centrale nei secoli VI e VII*, en EBANISTA C.-ROTILI M. (coords.) 2011, *Archeologia e storia delle migrazioni. Europa, Italia, Mediterraneo fra tarda età romana e alto medioevo. Atti del Convegno internazionale di studi Cimitile-Santa Maria Capua Vetera, 17-18 giugno 2010*, Cimitile, pp. 157-79.

RIPOLL LÓPEZ G. 1989, *Características generales del poblamiento y la arqueología funeraria visigoda de Hispania*, en «Espacio, Tiempo y Forma», serie I, t. 2, pp. 389-418.

TEJERIZO GARCÍA C. (e.p.), *Más allá de la etnia. Arqueología funeraria en la meseta (ss. VI-VIII d.C.)*, en *I Jornadas de Jóvenes Investigadores del valle del Duero, Zamora, 16-18 noviembre 2011*,.

VALENTI M. 2004, *L'insediamento altomedievale nelle campagne toscane. Paesaggi, popolamento e villaggi tra VI e X secolo*. Firenze.

VALENTI M. 2009, *Ma i Barbari sono veramente arrivati in Italia?*, in VOLPE G.-FAVIA P. (coords.) 2009, *V Congresso Nazionale di Archeologia Medievale, Foggia-Manfredonia 30 settembre-3 ottobre 2009*, Firenze, pp. 25-30.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2007, *Granjas y aldeas altomedievales al Norte de Toledo (450-800 d.C.)*, in «Archivo Español de Arqueología», 80, pp. 239-284.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2009, *Escenarios de emergencia de un paisaje social y político altomedieval en el interior de la península Ibérica durante la quinta centuria. Cerámica, necrópolis rurales y asentamientos encastillados*, Tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco (UPV/EHU).

VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. (e.p.), *Las necrópolis rurales postimperiales de la Meseta Sur y sus asentamientos asociados*, en «Revista del Museo de las Villas Romanas».

WICKHAM C. 2005, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford.

WICKHAM C. 2010, *Le trasformazioni del V secolo*, en DELOGU P.-GASPARRI S. (coords.) 2010, *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, i Barbari e l'Occidente romano, Atti del Seminario di Poggibonsi, 18-20 ottobre 2007*, Turnhout, pp. 731-9.

#### Referenze delle illustrazioni

Figg. 1-2, 4-5 (Alfonso Vigil-Escalera Guirado)

Fig. 3 (PALOL 1966)